

Battcock, Clementina. *Las mujeres en el México Antiguo. Las que hilan, legitiman y renuevan*. México, Fondo Editorial de Nuevo León, 2021, pp.101.

¿Cómo leer en nuestro siglo sin privilegiar las pautas de nuestro siglo? Buscando reducir, si no evitar, “el riesgo de simplificación” hace casi treinta años la crítica Susana Zanetti formulaba, tangencial pero precisamente, esta pregunta que todavía hoy resulta tan elocuente como inquietante. Y singularmente productiva, como ocurre en *Las mujeres en el México Antiguo* donde la propuesta de la historiadora Clementina Battcock de estudiar “la representación femenina en la Cuenca de México durante el Posclásico (900-1521 d.C.)”(25) no sólo privilegia fuentes y visiones de otros siglos y otras culturas, insoslayables para –subraya Battcock– contextualizar la lectura, sino, y centralmente, atiende la modulación de la lengua misma de la historia para dar cuenta de esa lectura, aquella que erraría si esencializara como “soberanas” a quienes fueron –postula Battcock– “agentes clave en la creación de alianzas eminentemente políticas” (36). Es esta modulación de la lengua, y es a través de ella, que el breve y claro estudio adquiere y alienta un horizonte histórico y crítico distinto. Pues no sólo prefiere hablar de “descendencia” en vez de “reproducción”, y de “distribución” en vez de “circulación” al referirse a las protagonistas de esta historia y a cómo encarnaron y modelaron roles medulares y vínculos fundadores, sino que incluso llama la atención sobre una distancia que, no por insalvable, resulta menos atendible, pues hablamos –señala Battcock– de una figura que solo tras la conquista y colonización identificamos como “mujer”, siendo su nombre náhuatl (del siglo XVI) *cihuatl* (25). Así, entonces, se trata al mismo tiempo de leer en nuestro siglo sin privilegiar las pautas de nuestro siglo pero, también, de hablar de ello sin solapar o eclipsar las lenguas de otros siglos, otras figuras y otras fuentes.

Organizado en siete capítulos cortos, distribuidos en torno a un conjunto de imágenes (57-64) y enmarcados por una “Presentación” (13-16) a cargo de Liliana Melo de Sada y un “Epílogo” (94-100) de la autora,¹ *Las mujeres en el México Antiguo*

¹ Los capítulos son: “La representación femenina nahua” (20-26), “Las mujeres en el centro del México posclásico” (27-38), “La necesidad de construir una genealogía” (39-48), “Ilancuéitl-Atototztlí y Acamapichtli” (49-57), “Sobre dos mujeres poderosas” (65-72), “La poseedora de linaje ancestral” (73-79) y “Doña Malintzin” (80-93).

relata una parte de la historia pre-hispánica desde una perspectiva poco frecuentada o sistematizada, problematiza su representación disciplinar y cultural y postula la posibilidad de un estudio de la mujeres centrado en su capacidad articuladora, pues ellas “ejercieron el poder de una forma muy particular, como fundadoras de linaje, al tiempo que estuvieron asociadas a la legitimidad política de los grupos gobernantes” (55). Esta idea que se repite y despliega a lo largo del estudio a través de figuras distintas (desde Xiuhtlacuiloxchiltzin, “quien gobernó Cuautitlán hacia el año 813” hasta la insoslayable Malintzin, bautizada por el conquistador como Marina y célebre como Malinche) y que resalta la relación de dichas mujeres con el “ambiente bélico de la región y de la época” (29), contrasta con una imagen doméstica o domesticada de la figura femenina, pero, sobre todo, porque redefine a través de las vidas que detalla lo que se podía (y podemos) entender como doméstico entonces: menos un ámbito ligado a lo sanguíneo que a lo simbólico; menos asunto de economía biológica que de cultura política. Así, la representación de la mujer en el México antiguo diseña en torno a ciertas mujeres una trama de alianzas que proyecta u obstruye la transmisión de derechos y obligaciones, la consolidación de genealogías o “familias” y la percepción de comunidades, más o menos imaginables. “En fin –dice Battcock, que casi como una enunciación considera de base para el estudio mismo de la cultura, resulta en que ‘toda familia es familia política’, pues a través de dicha palabra puede dejarse entrever la claridad de lo político, de la alianza, de la vinculación estratégica del poder en lo que resulta ‘inmediato y claramente propio’, frente a aquello que es ajeno, extraño e ilegítimo; asuntos que lanzan a pensar las narrativas sobre el poder que lo tratan como un ente depositario individualizante, sino que es un concepto disuelto entre la identidad del grupo, la posición social y el género humano.” (99)

Y si Malintzin da cierre, allí donde lo antiguo se confunde o se transforma en lo nuestro, a la serie de mujeres y representaciones femeninas del antiguo México, a contraluz aparece inolvidable, como vislumbrando el otro labio de la herida abierta –y elocuente– que fue y es la conquista y colonización de América, para dar título al libro “la hija mayor de Motecuhzoma Xocoyotzin, de nombre Tecuichpo, cuya presencia a lo largo de la guerra de conquista terminó por ‘hilar, legitimar y renovar’ la sucesión de los últimos gobernantes mexicas y que, a la muerte de estos, fungió como una heredera de ese poder legítimo” (27). Pues de esa herencia y su legitimidad también se ocupa el libro. Y así como es necesario al leer el pasado no privilegiar las

pautas de nuestro siglo ni sesgar las otras lenguas en que se dice su historia, también resulta imprescindible –parece confirmar *Las mujeres en el México Antiguo*– recordar que leemos ese pasado y esas lenguas desde nuestro presente y nuestra lengua, un tiempo y modo tan distintos como activos y tan inestables e incompletos como aquellos que, precediéndolos, todavía hoy “les suceden”, permitiéndoles hilar, legitimar y renovar esa herencia inheredable de nuestra América.-

Facundo Ruiz

UBA / ILH – CONICET